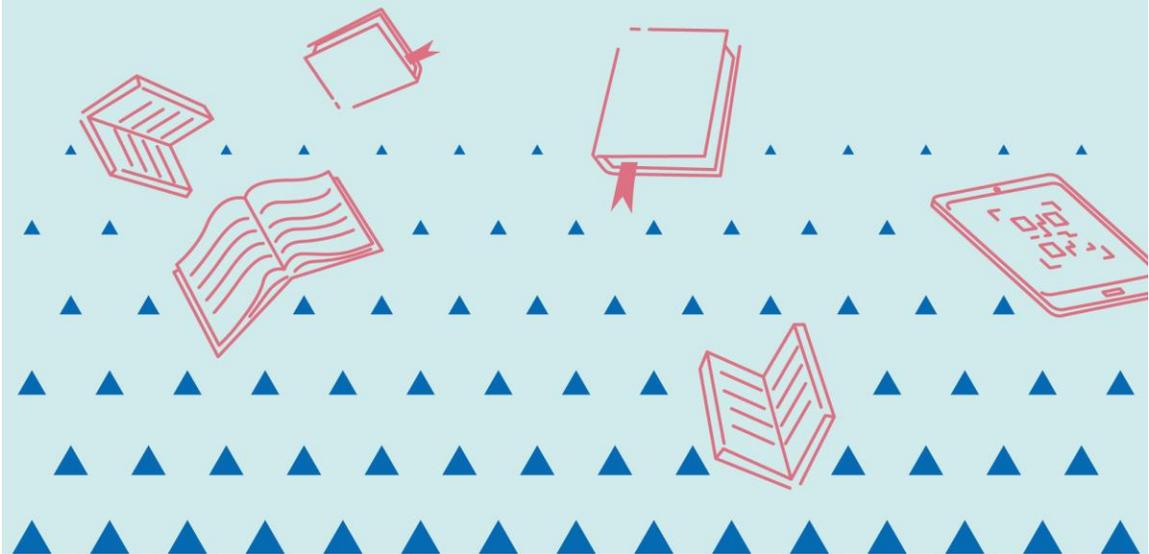




# Venganza ciega

Gabriel Dall Armellina



El reloj marcó las seis de la tarde y también la alegría de todos los empleados de la obra, había terminado la jornada, no solo del día, sino que daba comienzo el descanso de fin de semana y además era día de cobro, una quincena más había pasado.

Gerardo se había escabullido cinco minutos antes del horario de salida y se apresuró a cambiarse para poder salir lo antes posible, en media hora tenía que encontrarse con su madre en la iglesia que estaba a cinco cuadras de su casa, y del trabajo hasta allí lo separaban no menos de veinte cuadras, además se había comprometido en comprar un ramo de flores, por todo esto no estaba en condiciones de perder ni un minuto. Agarró su mochila con la ropa de trabajo, pasó por la oficina, cobró el sueldo, firmó apresuradamente el recibo y seis minutos después del horario de salida se encontraba pedaleando su bicicleta por la calle rumbo a su cita.

Ya habían pasado tres años de aquel trágico episodio que le costó la vida a su padre. Don Julio se encontraba en el almacén del barrio cuando un delincuente armado entró a robar. Ingresó a los gritos amenazando a todas las personas del lugar, se abalanzó hacia la caja registradora, tomó una bolsa y se dispuso a vaciarla. Mientras tanto el almacenero le hablaba intentando en vano que recapacitara.

- No me robes flaco, soy un laburante, ¿vos sabes lo que me cuesta ganarme esa guita? Me partís al medio.

La única respuesta que recibió el almacenero fue un culatazo en la frente y una profunda herida que sangraba a mares. Julio se imaginó que este joven se encontraba muy drogado ya que no pestañaba y estaba sumamente nervioso y violento. Tuvo la intención de marcar disimuladamente el número de la policía desde su celular, pero esas ganas se esfumaron enseguida, "mejor me quedo en el molde" pensó Julio, que no tenía ninguna intención de arriesgarse. El delincuente terminó con su propósito, giró noventa grados y le apuntó al almacenero con su pistola, no emitió palabra alguna, pero con sus ojos lo decía todo. Comenzó a caminar hacia sus espaldas rumbo a la salida y siempre apuntándole al almacenero, como para evitar que tuviese una reacción que este no esperaba. Fue marchando hacia atrás cuando, de repente, chocó con Julio que estaba parado en medio del salón y no atinó a moverse, el miedo lo tenía prisionero, estaba inerte. Cuando el ladrón entró en contacto con el hombre también entró en pánico, pensó que su golpe sería frustrado, que intentaban detenerlo. Velozmente giró y empujó al hombre con una mano y con la otra le descargó tres disparos que terminaron con su vida casi de inmediato. Esta situación le dio tiempo al almacenero a extraer un arma que tenía guardada, para protegerlo en situaciones como la que estaba ocurriendo y sin vacilar ni un

instante abrió fuego contra el malhechor impactándole dos balas en la espalda que lo enviaron al hospital. Tres meses después estaba recuperado de lo acontecido y fue juzgado y encarcelado. Gerardo conocía a este individuo, tenían la misma edad, habían jugado juntos al fútbol en el club del barrio y cursaron juntos los primeros y únicos años que asistieron a la escuela secundaria. Tenía la promesa con su padre de retomar los estudios en un corto plazo, pero hasta el momento no lo había cumplido y menos después de su muerte, ya que tuvo que tomar las riendas de la casa, ser el generador del dinero necesario.

Rubén Oliva se llamaba, no eran amigos, pero habían formado una muy buena dupla delantera en el equipo de fútbol, hubo muchos goles de esa sociedad. Cuando Gerardo abandonó el equipo para irse a trabajar (siguiendo las reglas de su padre que era estudio o en su defecto trabajo), Oliva continuó un tiempo más en el equipo. Pero luego, las malas decisiones en sus amistades lo llevaron al consumo de drogas y a la delincuencia.

A una edad muy temprana había conocido la comisaría y sus instalaciones y no tardo demasiado en hacerse habitué del lugar. Con el pasar de los años sus estadías comenzaron a prolongarse, pero nunca le preocupó demasiado esta situación.

Al principio Gerardo había quedado conforme con la pena impuesta a Oliva, lo condenaron a seis años de prisión, pero se desilusionó por completo cuando se enteró que le habían otorgado la libertad por buen comportamiento sin haber cumplido siquiera la mitad de la condena.

Mabel, la madre de Gerardo, no había podido superar la muerte de Julio, se echaba la culpa de lo acontecido, ella mandó ese día a Julio a comprar, por lo cual se sentía absolutamente responsable de que su marido ya no estuviese con ellos. Los primeros meses, después de la desgracia, Mabel todas las noches tomaba un portarretrato con la foto de Julio, le prendía una vela y lloraba un largo rato contemplando la misma y en muchas ocasiones Gerardo la había encontrado en esa posición desgarradora.

- No llores más vieja, lo único que conseguís es ponerte peor, me parte el alma verte así.

Solía decirle Gerardo como para lograr persuadirla. Cuando ocurría esto, Mabel se secaba las lágrimas, abrazaba fuertemente a su hijo y le sonreía tiernamente para tranquilizarlo.

- Ya estoy mejor mi amor, no te preocupes y andá a dormir, descansá.

Solía decirle, pero en el momento en que se quedaba sola rompía en llanto otra vez, esa culpa era más fuerte, muy grande.

Gerardo había llegado a la florería que estaba en frente de la plaza, se bajó de la bicicleta y dudó si le ponía la cadena para evitar un robo, pero pensó que no era necesario ya que no tardaría más de dos o tres minutos y además podía verla desde adentro.

- Buen día, dame un ramo de claveles blancos por favor.

Eran las flores preferidas de su padre y las que siempre le llevaban al cementerio, pero hoy irían a la misa que organizaban en su honor. Giró para cerciorarse que su vehículo se encontrará tal como lo había dejado, pero lo que vio le heló el corazón, su bicicleta estaba ahí, en su lugar, pero más allá, en un banco de la plaza y junto a dos individuos se encontraba Rubén Oliva.

Se quedó estupefacto, sintió como un escalofrío le subía desde los pies, erizándole todos los pelos del cuerpo, ¡Ahí está este mal nacido! disfrutando de la libertad cuando debería estar encerrado de por vida, pensó Gerardo. - ¿Algo más caballero? – preguntó el vendedor-

No hubo respuesta alguna del muchacho, que estaba con los ojos clavados al otro lado de la calle.

- Hey pibe, ¿algo más?
- No, discúlpeme, no lo había escuchado, ¿Cuánto es? – reaccionó al fin- - Cuatrocientos pesos

Pagó y salió con el ramo en la mano y con los ojos al otro lado del pavimento. Oliva se reía junto a sus compañeros y para Gerardo era una provocación, un insulto. Pensó en cruzar y pegarle hasta el cansancio, pero no lo convenció, estaba con dos más, los cuales, seguramente, frustrarían sus intenciones y aunque llevase a cabo su plan tampoco se cobraría la vida de su padre. En ese momento recordó que en la mochila llevaba el cuchillo que había utilizado en el almuerzo para comer el asado de todos los viernes y este instrumento si era de completa utilidad para su cometido.

- Voy por atrás, lo agarro de los pelos y ¡le corto la garganta! pensó.
- ¡No! sería mejor con más sufrimiento, para que sepa lo que pasamos nosotros, ¡le saco los ojos y lo dejo, así queda inservible para toda su vida y no jode a nadie más!, siguió.
- Cuando pase un colectivo me le aparezco de repente y se lo ensarto en el pecho.

Gerardo pensaba en todas las opciones posibles y la sangre hervía dentro de él. Miró como por instinto su reloj, seis y veinticinco marcaba y se dio cuenta que ya no le quedaba tiempo, tenía que decidir por una de las posibilidades y marcharse a su cita. Respiró muy profundo, abrió la mochila y divisó el cuchillo, avistó nuevamente a Oliva e impulsado por la furia tomó el utensilio, cerró la mochila y

la colgó del manubrio, miró al cielo con satisfacción, como dándole a entender a su padre que la hora había llegado y como diciéndole a su madre que lo perdonara por el retraso. Giró, bajó a la calle y decidido emprendió el camino apretando la empuñadura del cuchillo con toda su fuerza.

Tan decidido lo encaró que no vio el colectivo que venía a su derecha, murió antes de llegar al hospital. Mabel estuvo desorientada todo el día, no entendía el retraso o el desplante de su hijo, pero finalmente entendió todo a la noche cuando le explicó la policía. Un mes después la encontraron colgada de la viga del techo de su habitación, sin poder soportar la situación decidió quitarse la vida, fue demasiado para ella.